



Visiones

FRANÇOIS HOUTART*

Socialismo del siglo XXI, construcción intelectual, eslogan político o expresión de las luchas antisistémicas**

El gran desafío actual tanto en América Latina como en los otros continentes es la vinculación de los movimientos antisistémicos con el campo político. Toda institucionalización conlleva en su vientre mismo las semillas de su propia contradicción, pero el problema no consiste en negarlo ni en querer escapar a la realidad, sino en afrontar el hecho y encontrar los mecanismos de corrección, es decir, la democracia participativa. Se trata de un cambio de civilización. Hablaremos, entonces, de tres aspectos: la deslegitimación del capitalismo, las etapas de las luchas antisistémicas y los ejes de un poscapitalismo o de un socialismo del siglo XXI.

Es un privilegio y también una emoción el haberseme considerado para este homenaje a Andrés Aubry, oportunidad que aprovecho también para contribuir, mediante mi participación, a la lucha antisistémica.

En enero de 1994 importantes eventos tuvieron lugar en México y en Chiapas. En este mismo mes, nació en una pequeña ciudad de Bélgica, Lovaina la Nueva, la revista *Alternatives Sud* del Centro Tricontinental

* (Bélgica, 1925). Sociólogo y teólogo, secretario del Foro Mundial de Alternativas. Entre sus libros se encuentran *Sociología de la religión* y *Mercado y religión*.

** Ponencia presentada en el Seminario en Memoria de Andrés Aubry Planeta-Tierra sobre los Movimientos Antisistémicos, en la Universidad de la Tierra de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, del 13 al 16 de diciembre de 2007.

(CETRI), destinada a difundir el pensamiento crítico y las experiencias alternativas del Sur (Asia, África, América Latina), continentes que para el Norte aparecían como vacíos de ideas y de iniciativas. Uno de los primeros pasos fue hacer contacto con Andrés Aubry para conocer lo que significaba el Movimiento Zapatista. Él propuso que mejor lo hiciera Pablo González Casanova, que en varias ocasiones se expresó en la revista.

Hoy, en memoria de Andrés, hablaré del socialismo del siglo XXI. Sin duda es un tema controvertido. Para unos la idea del socialismo debe ser abandonada, junto a la del capitalismo, porque fue solamente su imagen invertida. Para otros el concepto lleva a la confusión por su ambigüedad: se trata del estalinismo, del maoísmo, del Pol Pot, de la socialdemocracia, de la Tercera Vía, de las FARC colombianas o del socialismo francés en el seno del cual nacieron el director general de la OMC, el presidente del FMI y el ministro de Relaciones Exteriores del presidente Sarkozy. Existe un socialismo que provoca temor y un socialismo que suscita la risa. De ahí la necesidad de hablar de los procesos y del contenido de las alternativas.

I. Las luchas antisistémicas son procesos sociales

Proceso social significa a la vez acción y reflexión, análisis y afecto. Acciones sin aporte reflexivo conducen a revueltas a menudo sin futuro; ideas sin referencias constantes a la realidad se transforman en construcciones abstractas e impotentes; el análisis sin emoción desemboca en el cinismo intelectual, y afectos sin pensamiento tienden a confundir un proyecto social concreto con el reino de Dios.

Ningún elemento puede ser aislado de los otros. El matrimonio entre práctica y teoría debe caracterizar todo movimiento antisistémico. Rosa Luxemburgo observaba que las reformas sin perspectivas teóricas se transforman rápidamente en pragmatismo y son fácilmente recuperables por el sistema capitalista. La teología de la liberación nos recuerda que la fe religiosa puede ser un elemento poderoso de compromiso revolucionario y la enorme diversidad de las culturas de las luchas fue revelada por los Foros Sociales Mundiales.

Un proceso social no se decreta. Es el resultado de actores bien concretos que viven en lugares precisos y en un tiempo dado. Sus prácticas

construyen un tejido social. La historia de los movimientos sociales nos lo enseña. Cuando se celebró el 80 aniversario de la Revolución de Octubre, se recordó que ella no habría sido posible sin la existencia de los soviets, estos grupos de base que multiplicándose constituyeron una red capaz de ejercer un peso antisistémico. Cuando se formó la I Internacional, Marx y Engels insistían sobre la importancia de los procesos de toma de decisiones. Decían que valía más una conclusión adoptada por el conjunto de todos los componentes que 10 impuestas desde arriba.

Sin embargo, un proceso social es también una construcción y aquí interviene el hecho de su institucionalización. La experiencia de los movimientos sociales comprueba esta dialéctica, oscilando entre corrientes anarquistas que privilegian la creatividad, las iniciativas de base, la efervescencia cultural y los que insisten sobre la organización, la claridad de los objetivos y la adaptación de los medios a los fines. La paradoja es que los dos son necesarios, con la condición de que la referencia a la utopía no se transforme en un cultivo de ilusiones y la institucionalización en sistemas piramidales que tomándose como fin terminen por contradecir los objetivos. Eso se experimenta en todos los campos de la vida: social, político, cultural, religioso.

El entusiasmo de las luchas antisistémicas no puede ignorar la condición humana. Me acuerdo de una conversación en la Ciudad Ho Chi Minh, poco después de la reunificación de Vietnam. Los interlocutores eran el arzobispo de Saigón, monseñor Binh, hombre de gran sabiduría que había conocido durante el Concilio Vaticano II y el señor Ba, secretario del Partido Comunista de la ciudad que había sido representante del Frente Nacional de Liberación en París y Bruselas. El señor Ba explicaba con mucha convicción los planes de transformación de la ciudad en todos sus aspectos, políticos, sociales, culturales, y el arzobispo escuchaba con mucha atención. Cuando el secretario del Partido terminó sus explicaciones, el arzobispo contestó con mucho respeto: «Es muy interesante, pero ojalá que los comunistas creyeran un poco más en el pecado original». Hoy diríamos, en la dialéctica.

En realidad, toda institucionalización conlleva en su vientre mismo las semillas de su propia contradicción, pero el problema no consiste en negarlo ni en querer escapar a la realidad, sino en afrontar el hecho y

encontrar los mecanismos de corrección, es decir, la democracia participativa, Caracoles,¹ La Otra Campaña,² cambios de roles, etcétera.

Hoy en día, entre intelectuales y varios movimientos sociales, el pensamiento posmoderno tiene un lugar importante. De hecho, la experiencia de un mundo dominado por el pensamiento y las prácticas de Occidente hace pensar en la necesidad de ir más allá de la simple crítica económica y política. Es la lógica misma del Siglo de las Luces la que se debe cuestionar, esa que al mismo tiempo es el fruto, el vehículo y la inspiración de un sistema económico destructor. Sus principios deben ser sometidos a una crítica epistemológica, es decir, poner en cuestión su propio sentido. Se trata de un cambio de civilización.

Existe pues un posmodernismo radical que reduce la historia a lo inmediato, establece al individuo como centro exclusivo de lo real, rechaza la idea de estructuras y de sistema para concentrarse en los «pequeños relatos», considerando que los «grandes relatos», es decir, las teorías, imponen necesariamente un peso totalitario al pensamiento y a la acción. Nada mejor para el capitalismo contemporáneo que ha logrado edificar las bases materiales de su reproducción mundial –un sistema-mundo, como dice Immanuel Wallerstein– que una ideología que niega la existencia de sistemas y de estructuras.

Sin embargo, otros críticos de la modernidad no caen en este exceso. No niegan la existencia de paradigmas, aun en un mundo de incertidumbres. Así, Edgar Morin, el sociólogo y filósofo francés, nota que en los mundos físicos, biológicos y antropológicos, el caos y la incertidumbre siempre desembocan en la reorganización de la vida, como paradigma fundamental. Por eso este autor hace una crítica dura del capitalismo, porque él estima que este acaba con la posibilidad de reorganización de la vida.

¹ Caracoles: reagrupación socio-administrativa de varios municipios autónomos administrativos por comunidades indígenas zapatistas, que se caracterizan por una democracia participativa rotativa. Además de una representación de cada municipio, tienen una clínica, una escuela secundaria, un punto de venta de artesanías. En el estado de Chiapas hay 25 Caracoles.

² La Otra Campaña: campaña nacional en México de los zapatistas, que comenzó durante la preparación de las elecciones presidenciales de 2006 y que propuso la organización de una democracia desde abajo para transformar la política en vez de apoyar la toma del poder por cualquiera de los tres partidos políticos corrompidos: PRI, PAN y PRD. Por esta razón se sugería la abstención en las elecciones presidenciales.

II. El contenido de las luchas antisistémicas

Hablaremos solamente de tres aspectos: la deslegitimación del capitalismo, las etapas de las luchas antisistémicas y los ejes de un poscapitalismo o de un socialismo del siglo XXI.

1. Deslegitimar el capitalismo

No basta condenar los abusos y los excesos del capitalismo, como lo hacen la mayoría de las religiones. La distinción entre un capitalismo «salvaje» y un capitalismo «civilizado» no vale, porque el capitalismo es civilizado cuando lo debe y salvaje cuando lo puede. Son los mismos agentes económicos que tienen que aceptar ciertos límites impuestos por luchas sociales y que van hasta los extremos de la explotación cada vez que es posible, en particular en el Sur.

Es la lógica de la acumulación que debe ser contestada por las luchas antisistémicas, que sin duda tomará mucho tiempo, pero es indispensable. Hoy en día eso significa luchar contra la búsqueda de nuevas fronteras de acumulación por el capital: la agricultura campesina, que debe ser transformada en una agricultura productivista capitalista, la privatización de los servicios públicos, las ganancias sobre catástrofes naturales o políticas (Naomi Klein).

El carácter destructor del capitalismo, tanto de la naturaleza como del trabajo humano, nunca ha sido tan grande y tan acelerado como durante el período neoliberal. La tierra puede ser destruida, y jamás hubo tanta riqueza al lado de tanta pobreza. Nunca la humanidad ha producido un sistema tan ineficaz. La deslegitimación, antes de ser ética, debe ser económica.

2. Los pasos de las luchas antisistémicas

Los cambios antisistémicos son el resultado de luchas. En la actualidad se dan a escala mundial, frente a actores globales y contra un imperialismo ciertamente congénito a toda forma de capitalismo pero también representado por Estados Unidos de América. Tal vez este último es un imperio en declive pero todavía muy activo, con su hegemonía atómica,

sus más de 700 bases militares en el exterior de su territorio y en América Latina mediante la presencia de «la embajada» porque solamente hay una.

El primer paso es la toma de conciencia de esta realidad, que va mucho más allá de la dominación económica y política y que afecta la cultura y penetra en lo más profundo de las mentalidades. Los Foros Sociales Mundiales han contribuido mucho a este proceso de concientización a escala global. La adopción de estrategias de lucha es una segunda exigencia y la diversidad de ellas, desde el nivel local como las prácticas nuevas de cada uno de los actores, son la garantía de un verdadero progreso.

La conceptualización de estas situaciones es una tarea importante y a este propósito no parece que la noción de «multitud» propuesta por Hardt y Negri sea adecuada. Demasiado abstracta, esta corre el riesgo de ser desmovilizadora porque de lo que se trata es de construir un sujeto histórico nuevo (¿por qué abandonar el concepto?), es decir plural, democrático, popular.

Las convergencias de los actores son también una condición de eficacia. Todos tenemos el mismo adversario porque la globalización significa la subsunción generalizada del trabajo humano por el capital, vía real el salario y formal a través de mecanismos financieros o jurídicos como las tasas de intereses, la deuda externa, los paraísos fiscales, los ajustes estructurales, etcétera. Ningún grupo humano escapa a la ley del valor. Entonces, acciones de conjunto, donde los componentes no piensan en términos de prioridades –cada uno tiene las suyas– sino en términos de objetivos estratégicos, constituyen una nueva vía tal como la lucha contra el ALCA, donde se encontraron movimientos muy diversos, ONG progresistas, Iglesias y fuerzas políticas.

El gran desafío actual tanto en América Latina como en los otros continentes, como lo señaló Gilberto Valdés, es la vinculación de los movimientos antisistémicos con el campo político. ¿Cómo enfocar la colaboración orgánica que proponen nuevas iniciativas políticas, como el ALBA o el Banco del Sur, sin perder su autonomía? ¿Cómo contribuir al cambio, construyéndolo desde abajo y creando una nueva cultura política como La Otra Campaña sin caer en callejones sin salida? No se trata de esperar una situación sin ambigüedades, sino de elegir sus ambigüedades.

Para decirlo con claridad: fue probablemente duro para miembros de movimientos antisistémicos apoyar a Lula en las últimas elecciones en Brasil –a pesar de su política interior socialdemócrata–, o en Nicaragua votar por el Frente Sandinista debido a sus deficiencias institucionales y las de algunos de sus líderes. Se trataba de impedir alternativas de derecha con graves consecuencias tanto internas como para la nueva integración latinoamericana.

Con todo respeto, uno podría preguntarse si en México un razonamiento similar no habría podido evitar una presidencia, además de ilegítima, de derecha dura y entreguista. ¿Es realmente imposible combinar una crítica radical y justa y una práctica política nueva con un juicio político más dialéctico? Esta es solamente una interrogante. No se trata de *realpolitik* ni de justificar medios por los fines, sino de reconocer que el dilema consiste en elegir entre ambigüedades. Tampoco eso significa el abandono de la ética, sino de no transformarla en un sustituto de un juicio político. Supone también la continuación de la crítica de las formaciones políticas nacidas de movimientos antisistémicos y emancipatorios que, como en el Brasil, en México o en China, construyen «Caracoles al revés», contradiciendo sus propios principios.³

3. Los ejes de un poscapitalismo o de un socialismo del siglo XXI

Podemos, en conclusión, retomar las lecciones de la historia, la experiencia de los movimientos sociales y de sus convergencias, las aspiraciones de los pueblos para proponer algunas ideas.

No se trata de imponer una doctrina desde arriba ni de hablar de una sola alternativa, sino de recoger lo vivido y de reconciliar teoría y práctica en un esfuerzo compartido, de unir revolución y reformas en una búsqueda de la utopía necesaria y movilizadora sin despreciar los pequeños pasos, porque la gente no muere o sufre mañana, sino hoy.

³ El periódico *La Jornada* del 16 de diciembre de 2007 publicó la respuesta del Subcomandante Marcos a esta interrogante de la manera siguiente: «La pregunta no quedó sin respuesta por parte de Marcos, con el mismo tacto. Cuando tocó su turno en la palabra recordó que cuando los zapatistas critican a los gobernantes y líderes del PRD, “No estamos hablando de personas en particular. Estamos hablando de nuestros verdugos, nuestros perseguidores” y reiteró el tema que ha abordado muchas veces antes. “Si nosotros hubiéramos apoyado la opción de derecha, hoy estaríamos en un gran bajón. Nosotros solo alcanzamos a intuir lo que pasaba”».

Cuatro ejes parecen constituir el contenido del proyecto emancipatorio y antisistémico.

- 1) La utilización sustentable de los recursos naturales, lo que exige otra filosofía de las relaciones con la naturaleza: de la explotación a la simbiosis. El capitalismo es incapaz de realizar este cambio, que implica una revolución epistemológica, a la cual el enfoque de la *Pachamama*, las filosofías orientales, la cultura tradicional africana y de los afrodescendientes de América pueden contribuir de manera decisiva.
- 2) Privilegiar el valor de uso sobre el valor de cambio. El mercado existió antes del capitalismo. Este último hizo del valor de cambio el único factor de desarrollo humano, imponiendo su lógica a toda la sociedad. Regresar al valor de uso tiene enormes consecuencias prácticas, desde el control social de los medios de producción hasta el aumento de la vida de los productos y la reducción de las distancias de transporte. Pero ante todo significa un cambio de filosofía económica: de la producción de un valor agregado para intereses privados a la actividad destinada a asegurar la base de la vida física, cultural y espiritual de todos los seres humanos en la tierra. De eso, el capitalismo es incapaz.
- 3) Establecer una democracia generalizada, no solamente política, representativa y participativa, sino en todas las relaciones sociales, también económicas, entre pueblos, entre hombres y mujeres. Eso exige también otra filosofía del poder, totalmente ajeno a la concepción del capitalismo.
- 4) Construir la multiculturalidad, es decir, dar la posibilidad a todas las culturas, a todos los saberes, a todas las filosofías, a todas las religiones, de participar con sus aportes propios a la construcción de una nueva sociedad. Eso exige otra filosofía de la cultura, abandonando la arrogancia de una cultura superior, incluso religiosa. Una vez más la cultura del capitalismo, con su «modelo de desarrollo», no puede responder a esta nueva perspectiva.

En verdad, a pesar de sus logros reales, podemos decir que el socialismo del siglo xx no pudo alcanzar estas exigencias. El drama del socialismo, decía Maurice Godelier, es que ha tenido que aprender a caminar con las piernas del capitalismo. Y eso se verificó en varios dominios,

como la explotación de la naturaleza, la falta de democracia y la dificultad de aceptar la multiculturalidad.

Por eso la convergencia de las luchas sociales, característica de nuestro siglo, el afán de dignidad con sus bases materiales y de espiritualidad encarnada, nos permite compartir las palabras de un oratorio compuesto después del asesinato de Monseñor Romero por un compositor israelí: «La esperanza no se mata».